Carlos Ros

Sermones para leer en el bus

Prédicas de Juan Párroco en su Parroquia de papel

LETRAS DE AUTOR

© Carlos Ros Carballar
© Letras de Autor
Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Diseño de portada: Dionisio Rodríguez

Primera edición: Enero 2015

ISBN: 978-84-16362-07-3
Depósito Legal: M-36845-2014
P.V.P.: 16 €

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

Índice

A modo de presentación 9
1. Ignoraba que hubiera ángeles en la tierra 13
2. Mi Cristo roto 16
3. Predicación u homilía 19
4. Las cigüeñas 22
5. Las campanas 24
6. Homilía cristiana y oración fúnebre 28
7. Historia de un viejo cochero 30
8. El horóscopo 33
9. La Virgen María, emigrante sin papeles 35
10. Gandhi 37
11. El último sacramento 40
12. Un Belén en cada hogar 43
13. Dejad que los niños se acerquen a la Catedral 45
14. El culto a las imágenes 47
15. El día del Señor 50
16. Memoria histórica 52
17. La copa de Alejandro Magno 57
18. Santa María de todos los colores 60
19. Anno Domini 63
20. Una Iglesia de santos 66
21. Don Camilo y Peppone 69
22. Historia de un alma 72
23. El sermón del buen cura 76

24. El jardín de Jesús.....78
25. ¿Llegó tarde Jesús a la tierra? 82
26. ¿Por qué, tú que crees, no me hablas de Dios? 85
27. El cielo es real 87
28. Bernadette.....92
29. Bernadette (2) 96
30. El niño que jugaba con la luna 99
31. El patrono de los periodistas 104
32. ¿Qué culpa tiene san Valentín?.....108
33. ¡Gracias, Santidad! 110
34. El papa Francisco.....114
35. Houston, tenemos un problema.....118
36. Las Memorias de Dios.....121
37. Querido Niño Jesús.....125
38. El cura de Ars.....129
39. La «taumaturga del siglo XIX» 132
40. Hablamos de la Biblia sin darnos cuenta 136
41. El mundo está en llamas 140
42. En la onomástica del papa Francisco.....144
43. La mujer en la Iglesia 147
44. Holocausto católico.....151
45. Pío XII versus Hitler.....155
46. Una de espionaje 158
47. Una mujer en el cónclave.....162
48. La muerte de un filósofo 167
49. La banalidad del mal 172
50. Stylus Curiae.....176
51. De las dos Concepciones, la morena.....179
52. Vocación en África del Sur.....182
53. Una de comedia 186
54. No tener miedo a la ternura 190

55. ¿Dónde pasar la Navidad? 193
56. Navidad de Lope de Vega en Sevilla 197
57. Deporte nacional 202
58. Me acuso, Padre… 206
59. Tonterías totalitarias 210
60. La disidencia tiene un precio 214
61. Las tetarras 218
62. Sin *Nihil obstat* 221
63. A un año del papa Francisco 225
64. ¿Por qué ese odio antisemita a Ana Frank? 228
65. Cuidado con los jesuitas 232
66. Camino de la tertulia 236
67. Con permiso, monseñor 240
68. El gato 243
69. Américo Vespucio, un tipo con suerte 247
70. El último inquilino 251
71. Divagaciones de un infartado 254
72. La Pietà (tan hermosa) de Miguel Ángel 258
73. Bibliocausto 261
74. Los «trepas» en la Iglesia 264
75. Un corazón femenino 267
76. Cristo de la Clemencia 271
77. ¿Pilato nació en Sevilla? 274
78. El «Santero de Sevilla» 277
79. Canonizaciones de papas 281
80. Los monaguillos, delante 285
81. San Juan de Ávila en el Castillo de Triana 288
82. La Macarena, de luto 292
83. Salve Madre, en la tierra de tus amores 296
84. El intelectual cazado 300
85. La muerte de Fernando III el Santo 304

86. San Juan XXIII 308
87. Asalto a la Judería de Sevilla.....312
88. El Loco Amaro y sus sermones.....315
89. La cama papal.....319
90. Los Seises 323
91. El cerdo está muerto.....328
92. Miguel Mañara no es Don Juan 332
93. La entrada bajo palio, invento sevillano.....337
94. ¿San Fermín, patrono?.....340
95. Santas Justa y Rufina, patronas de Sevilla.....344
96. Edith Stein, hija del pueblo judío.....348
97. El mariscal Soult, un ladrón «muy devoto» 352
98. Sin cambiar de levita (hoy, de chaqueta).....356
99. El colegial de los jesuitas san Juan de la Cruz 359
100. Gracián, el amigo de Teresa de Jesús.....363
101. Miguel de Unamuno y el judío Edgardo Mortara....367
102. ¡Voto a Dios, que me espanta esta grandeza…! 371
103. ¿Llegó tarde Jesús a la tierra? 376
104. Carta a un niño que nunca nació 379
105. San Francisco de Asís, el amigo de Dios.....382
106. Es Francisco 385
107. Teresa de Jesús, V Centenario.....390
108. Pablo VI, beato 394
109. Historia Domini Quijoti Manchegui.....398
110. San Judas Tadeo, contra lo imposible 401

A modo de presentación

Que Dios perdone mi atrevimiento, amén. Aunque mi nombre de pila sea Carlos Ros, mi nombre de batalla es Juan Párroco y mi Parroquia es tan sólo de papel, tan frágil y sutil ella. Me permitiré, por tanto, con permiso de la autoridad y si el tiempo –es decir, mi salud– me lo permite, hablar de lo divino y de lo humano. Escribo las cosas que buenamente se me ocurren, siempre por derecho de la ley de Dios, que habéis de saber que a uno no le falta cierta chispa, según es notorio y voz pública en el entorno en que me muevo, y no me falta erudición y libros en mi biblioteca para acallar al mejor licenciado.

En mi Parroquia de papel pasa esto, que uno escribe porque tiene que escribir y habla porque tiene que hablar. Que para eso soy el párroco de mi Parroquia de papel. Pero es posible que me llegue algún joven y me diga:

–Los sacerdotes sois los únicos que habláis en la iglesia.

Y exclame:

–¿Por qué no escucháis también vosotros?

Bien pensado, comprendo que no le falta razón. Si fuera posible ese milagro de la bilocación, de hallarse al mismo tiempo en dos lugares diferentes, apostaría por vernos en el altar y bajo el coro al mismo tiempo. A la vez que hablamos, oiríamos los soporíferos rollos que no pocas veces ensartamos a la sumisa grey.

Yo digo a este joven que el derecho a la palabra pertenece al pueblo de Dios en su totalidad y no está reservado exclusivamente a los sacerdotes. Pero nosotros tenemos el deber, la vocación, la misión, etcétera, de confirmar a los hermanos en la fe.

Animo a todos, sin renunciar a sus parroquias de verdad, sólidas en sus cimientos, y bien conducidas por vuestros queridos párrocos, a participar también en esta mi Parroquia de papel. Si me escribís, compartiré vuestros deseos, incertidumbres o preguntas inquietantes. Y si nadie me escribe, haré como el santo Francisco de Sales, obispo de Ginebra y patrono de los periodistas. Sacaba unas hojillas y las iba repartiendo de puerta en puerta.

Son estos unos «sermones» que lanzo desde hace algún tiempo a parroquianos digitales, unos 120. Con ellos sostengo, de una u otra manera, una amistad o al menos un contacto cálido en estos años, enganchados unos desde un principio, adheridos otros después e incluso alguno recientemente. Pero en todos he sentido un deseo, al menos tácito, de recibir gratamente estas comunicaciones mías. Alguna que otra vez, me han manifestado su discrepancia sobre cualquier punto y lo he aceptado como no puede ser de otro modo. Porque el discrepar matiza y enriquece las opiniones. Y porque confieso que no me considero infalible.

Pero también ha habido –y confieso que es una excepción– quien me ha enviado una nota discrepante que me ha sonado a ofensa, viniendo sobre todo de un señor mitrado, en un correo en que afirmaba que digo «alguna que otra estupidez».

Es decir, que para monseñor soy un necio, un falto de inteligencia, un torpe notable en comprender las cosas.

¡Pues muchas gracias! Sobre todo, viniendo de quien viene. Como he llegado a pensar que lo que envío debe ser para

él spam (correo basura), lo he borrado de la lista de parroquianos. Si fuera santo –que no lo soy–, hubiera aceptado la reprimenda de monseñor con espíritu penitencial cristiano. Le pasó a Teresa de Jesús –con la que no me puedo comparar, aunque le tengo mucha devoción y he escrito una biografía sobre la Santa andariega de Ávila– que yendo de Pastrana a Toledo, después de haber fundado en ese pueblo alcarreño un convento de monjas y otro de frailes, viajó en un coche lujoso puesto por la señora del lugar, la célebre tuerta princesa de Éboli.

Al llegar a la ciudad imperial, un clérigo chiflado le soltó:

–¿Vos sois la santa que engañáis al mundo y os andáis en coche?

Madre Teresa, en vez de reprenderlo, confesó con humildad:

–¡No hay quien me diga mis faltas como éste!

Y desde entonces rehusó viajar en coche, prefería ir en carro.

Pero un servidor no es Teresa de Jesús. He preferido usar el símil del Señor en la noche del viernes santo. Mientras le interroga el sumo pontífice Caifás, un sayón le pega un bofetón a Jesús, diciéndole:

–¿Así contestas al Sumo Sacerdote?

Jesús le respondió:

–Si he hablado mal, declara lo que está mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas? (Juan 18, 19-24).

Pues eso. Si he dicho alguna que otra estupidez, dime en qué…

Estos «sermones» circulan también por el ancho mundo a través de mi blog. Y es así cómo ya ha sido visitado por 217 países, que tengo un contador de visitas que señala las banderas de los países que se asoman a él.

Ahora también aparecen en papel. Y espero que guste, a los parroquianos que me han pedido que los imprima y coleccione, y al público en general. Son «Sermones» que van a su aire, ya veréis, más bien laicos muchos de ellos, pero creo que os resultarán interesantes aunque unos hablen de lo divino y otros de lo humano. Como son cortos y pueden ser leídos en el autobús –transporte que uso cotidianamente–, he querido titularlos con el nombre de *Sermones para leer en el bus*.

Gracias anticipadas por la acogida. Y buena lectura.

Carlos Ros

(Alias Juan Párroco)

1. Ignoraba que hubiera ángeles en la tierra

Se me ocurre contar una anécdota que une a los ángeles con santa Ángela de la Cruz, o la madre Angelita, que así se la llamaba en su tiempo en Sevilla.

De los ángeles hablaremos otro día. Ahora quiero recordar a esos ángeles de Dios en la tierra que son las Hermanas de la Cruz.

Fundada la Compañía de la Cruz por sor Ángela en el año 1875, no eran conocidas en un principio en Sevilla. Pero ellas salían todos los días, como ahora, con sus hábitos de estameña, a restañar lacras por los corrales de vecinos que por entonces abundaban en la ciudad.

No siempre las elogiaban por las calles. Gente había que las veían extrañas y a veces las insultaban.

Es invierno. Sale una pareja de Hermanas a las nueve y media de una noche cerrada a velar a una enferma. Al pasar por una calle, un hombre las mira con insolencia y exclama:

–¿A dónde irán estas pájaras a estas horas?

Las Hermanas apretaron el paso, pero él seguía tras ellas incordiándolas. Entonces una de las Hermanas, en arranque espontáneo, le respondió:

–Si tiene tanta curiosidad por saber adónde vamos no tiene más que seguirnos.

Y las siguió.

Las Hermanas penetraron en una casa de vecinos donde se encontraron con el siguiente deplorable cuadro: una mujer tísica en la cama, su madre agonizante en la otra, y el marido de la primera con un horrible cáncer que le desfiguraba el rostro.

Las Hermanas de la Cruz comenzaron su faena: cuidado solícito de los enfermos y limpieza de la casa.

El importuno curioso que espiaba desde la puerta tuvo un arranque y se lanzó de rodillas ante las Hermanas:

–Perdón, no os conocía. Ignoraba que hubiera ángeles en la tierra.

Y así siguen, en Sevilla y doquiera ellas están.

Siempre que voy a Roma, las visito. Viven desde hace unos cincuenta años, como unos vecinos más, en una vieja casa propiedad de la Embajada de España. Cuando llego a la planta cuarta, el viajero se da cuenta de que allí vive gente de Sevilla. Las macetas de pilistras en el pasillo y el cuadro de la Macarena lo delatan.

Santa Ángela de la Cruz también estuvo en Roma en la primavera de 1894. En un vagón de tercera salió de Sevilla para llegar días después a Roma, acompañada por sor Adelaida de Jesús, la monja del milagro.

Se celebraba en Roma el Congreso Nacional de Corporaciones Católico-Obreras. Trece mil obreros de toda España llegaron por los caminos de hierro a la Ciudad Eterna. Y como una obrera más, obrera del Señor, también sor Ángela.

Resulta que el papa de entonces, León XIII, dispuesto a dar solemnidad a la peregrinación española, promovió la beatificación de dos viejos leones de la fe españoles: Juan de Ávila y fray Diego José de Cádiz.

El milagro que dio el pase a la beatificación del ilustre misionero fray Diego lo realizó en una Hija de la Caridad residente en el Hospital de las Cinco Llagas de Sevilla. Desahuciada de los médicos, a punto de expirar, mordida por la tuberculosis, se salvó prodigiosamente al invocar al siervo de Dios fray Diego José de Cádiz. Era el 5 de junio de 1862. Más tarde, buscando una vida de mayor perfección, ingresó en las Hermanas de la Cruz. Y ahí la vemos con sor Ángela camino de Roma, con billete de tren pagado por el arzobispo de Sevilla.

Cuando visitaron al papa, León XIII sólo mantenía su atención a la monja del milagro. Sor Ángela, a su lado, de rodillas, parecía esconderse tras de la otra para no ser notada.

En su diario del viaje dejó anotado:

–Pedí a Dios le inspirase al papa cómo se había de portar con nosotras, para que por su vicario conociera si estaba contento conmigo o disgustado.

¿Ha podido deducir sor Ángela si el papa estaba contento o disgustado con ella?

–Saqué de esta audiencia que Su Santidad ni estuvo expresivo conmigo ni me rechazó; pero con la hermana muy cariñoso y expresivo. Pues así estoy en la presencia de Dios: soy un alma adocenada, ni me desecha nuestro Señor ni está contento como con otras que son sus predilectas.

La humildad de una santa…

2. Mi Cristo roto

Me produce profunda tristeza que en las escuelas y colegios de España se supriman los crucifijos, fomentando en los niños la ignorancia y tal vez el rechazo. Tras esta estúpida campaña que lanzó el gobierno de Zapatero, con su proyecto laicista de minar nuestras costumbres más ancestrales, me vino a las mientes un hecho que me hubiera gustado conservar en mi recuerdo personal.

Mi padre fue maestro nacional –no profesor de Enseñanza General Básica, maestro de unitaria, magnífico maestro, os lo confieso– y no solamente en la pared de su aula, como entonces era costumbre, sino en su mesa de maestro tenía un pequeño crucifijo de plomo, de malísima factura, la cara toda achatada y mutilados los brazos. Un Cristo roto. Cabía en la palma de la mano. Pero por ese crucifijo pasaron todos los alumnos que él tuvo en su dilatada carrera.

Ese crucifijo tenía su historia. Lo encontró ya mutilado durante la guerra civil del 36. De esos crucifijos que sufrieron la mofa de ser pisoteados, blasfema costumbre que se dio en aquellos tiempos. Él lo recogió y lo tuvo siempre consigo, profesándole una enorme devoción.

Lo tuvo, como he dicho, en la escuela. Y desde su jubilación, en su mesilla de noche. También lo llevó consigo en su enfermedad en el bolsillo del pijama. Pues bien, en la noche de su muerte, cuando la ambulancia lo trasladó a la clínica, ya

en estado preagónico, se llevó apretado en su mano el crucifijo. No lo sabíamos. No nos habíamos dado cuenta. Solamente cuando se nos permitió verlo, ya desahuciado por los médicos, para estar con él y consolarlo en sus últimos instantes, pude descubrir en su mano apretada el crucifijo que lo ha acompañado buena parte de su vida. Le di el sacramento de la unción de enfermos y cuando en sus manos ya no había fuerzas recogí el crucifijo que le acompañó hasta el momento de expirar. Con Cristo crucificado murió mi padre, con Cristo crucificado vivirá en el seno de Dios.

Fue su última lección que nos ofreció a sus hijos, que estábamos junto a él, en actitud callada y dolorida, en silencio, sin utilizar esa voz potente que sus alumnos recuerdan muy bien. Fue su lección magistral en la hora de su despedida definitiva.

Por eso cuando oigo por la radio o veo por televisión tanta sandez de tantos políticos fatuos como nos ha tocado sufrir en estos tiempos, siento tristeza infinita. Y me viene a las mientes, la misma oración de Jesús al Padre cuando se hallaba en la cruz:

– ¡Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen!

Hace unos días, alrededor de mil personas se echaron a las calles de Roma para defender la exposición del Crucifijo en los lugares públicos y llegaron a la Plaza de San Pedro, donde asistieron al Ángelus rezado por el papa Benedicto XVI. Llevaban una pancarta, promovida por la Asociación «Famiglia Piccola Chiesa» de la parroquia de San Tommaso de Cenci, a la que se sumaron numerosos movimientos y comunidades de Roma. En la cabecera de la marcha iba una pancarta con el lema: «El amor al Crucifijo, signo de fe y de fraternidad universal, es el símbolo del arte y de la cultura italiana y europea».

En su saludo habitual a los asistentes en la plaza, el Papa se dirigió «en particular a aquellos que han tomado parte en la marcha promovida por el Movimiento del Amor Familiar para manifestar su profundo amor al Crucifijo, reconociendo su valor religioso, histórico y cultural».

Un amigo mío oyó esto en un diálogo de taberna de un pueblo cercano a Sevilla.

–Yo no he llevado nunca un crucifijo, pero ahora lo voy a llevar.

Dicho con voz ronca de hombre de campo.

Feligreses de mi Parroquia de papel. Ya sabéis. En el pecho, una cruz. En el coche, y bien visible, una cruz. Y en casa, el Belén. Y a los que les fastidia esto, que les den por saco. Nada de avergonzarse.

3. Predicación u homilía

La predicación dominical: de esto hablaremos hoy. Que no es infrecuente escuchar a más de un feligrés esta exclamación:

–¡Uf, qué cura más pesado!

Sucedió –y no recuerdo ahora quién me lo ha contado– que entró un parroquiano a misa cuando ésta iba ya por la prédica. Asomó por la puerta de atrás y preguntó al primero que encontró:

–¿Ha acabado ya la homilía?

El otro le contestó con sorna:

–La homilía ya ha acabado, pero el cura sigue hablando.

¿Interesa la homilía al feligrés? ¿La soporta más bien? ¿Está llena de palabras comunes, trilladas, estereotipadas, alejadas de la realidad? ¿O es luz que ilumina, palabra aproximativa al vivir de cada día, clara y contundente como venida de Dios?

No tengo ningún dato estadístico que pueda mostrar una u otra cosa. Ni me importa en estos momentos. Porque, en definitiva, yo me encuentro también, por mi oficio pastoral, en el meollo del problema. Son preguntas que me tengo que hacer a mí mismo y que me hago con toda humildad:

–¿Nos creemos lo que decimos? ¿Utilizamos un lenguaje de hoy, directo, televisivo, cercano, o todavía creemos hallarnos

en los púlpitos del XIX, soltando de vez en vez, como un latiguillo, aquello de «amadísimos hermanos»?

Es curioso; pero en la celebración eucarística la homilía o predicación es el único espacio creativo que no está escrito previamente en el misal o en el leccionario. Es la parte donde el sacerdote pone más de sí; y de ahí el peligro de ponerlo todo de sí, convirtiéndola en palabra no de Dios, sino de hombre, o de no poner nada porque no se ha preparado (resultando un discurso totalmente vacío) y porque cree que el pueblo fiel pasa, al fin y al cabo, un poco de ello.

En esto estamos equivocados los sacerdotes. Al pueblo fiel sí le interesa la predicación. Pero que sea una predicación seria, comprometida, serena, con lenguaje de hoy y sin necesidad de llegar al bostezo.

Es aquello que dicen los americanos: tener algo que decir, decirlo y dejar el púlpito una vez dicho. Con lo cual se evitan esos aterrizajes en espiral, que nunca acaban de encontrar la pista y parar motores.

El mayor peligro de las homilías es convertirlas en sermones, en el sentido peyorativo de este término. Es decir, en no acabar nunca y en el uso inmoderado del lenguaje poético.

Es, por otra parte, el momento casi exclusivo de catequesis de adultos. Esos ocho o diez minutos de predicación dominical son los únicos con los que cuenta la inmensa mayoría de los fieles para su formación espiritual. Y no deberían desaprovecharse en palabrerías fatuas, en moralismos caducos o en tribuna política de uno u otro signo. La imagen de Jesús está a la espera y es a Él a quien tenemos que presentar continuamente, como hizo Juan Bautista, quien, con humildad manifiesta, repetía una y otra vez a sus discípulos:

–No, no soy yo el Mesías esperado. Por ahí va el Cordero de Dios. Seguidle.

Es fácil pronunciar palabras bellas desde un púlpito; pero no es tan fácil decir palabras sinceras; comprometidas, claras, que lleguen a todos los fieles y que sean clarificadoras de la luz de Dios.

El que obra así, honestamente, no ha de preocuparse de ser un buen orador. Tampoco es necesario. Es fundamental que sea un hombre de fe. Que ya vendrá Dios y sabrá decir por su boca aquello que mejor conviene al pueblo fiel.